

Espacio político y política del espacio. Continuidades y cambios en la concepción del espacio político en Maquiavelo y Moro*

GASTÓN MUTTI
UNR
gmutti@sede.unr.edu.ar

JOSÉ G. GIAVEDONI
UNR
josegiavedoni@hotmail.com

Las fronteras del Estado parecen ser la forma más aceptada de comprender cómo nos relacionamos con el medio físico. En esta naturalización el espacio político se convierte el territorio estatal. Se los piensa como sinónimos, identificándolos con los límites de la materialidad. El Estado es la clave de esta explicación aunque se desarrollen discusiones acerca de la pérdida de su relevancia. Pero antes que una referencia natural, este lugar del Estado fue construido por medio de la institución de la centralización administrativa y fiscal, de la lengua, del monopolio monetario, de la uniformización jurídica y de una relativa pacificación interior. Esta paulatina centralización nos sitúa ante el problema de la organización del poder, en términos de concentración en un núcleo decisorio, y de su ejercicio sobre una comunidad más vasta que las unidades políticas premodernas. Para echar luz sobre este proceso indagaremos en Nicolás Maquiavelo y en Tomás Moro cómo es discutido este fenómeno del surgimiento de una novedosa conformación del espacio político que legará a nuestro tiempo los grandes trazos de la relación entre política y territorio.

Pienso que el rey es,
sin embargo, un hombre como yo;
la violeta le entrega su perfume
tal como a mí me lo ofrece.
WILLIAM SHAKESPEARE, *ENRIQUE V*, 1599

El territorio estatal, la tierra de nuestra sociedad. Esta parecería ser la forma más aceptada de comprender, de manera corriente, cómo nos re-

* El presente artículo fue presentado originalmente en las III Jornadas Espacio, Memoria e Identidad, organizadas por la Facultad de Ciencia Política y RRH y la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario en el año 2004, aparecerá en el CD correspondiente a las actas del mismo, se ha solicitado autorización a los organizadores para su publicación.

lacionamos con el medio físico¹. En esta naturalización el espacio político se convierte en territorio estatal. Se los piensa como sinónimos, identificándolos con los límites de la materialidad, y su representación se plasma en la cartografía (Ortiz, 1996: 47). El Estado es la clave de esta explicación.

Pero antes que una referencia natural, este lugar del Estado fue construido por medio de la institución de la centralización administrativa y fiscal, de la lengua estatal², del monopolio monetario, de la uniformización jurídica y de una relativa pacificación interior³. El poder del Estado se propagaba desde un centro hasta los límites fijados por las fronteras con otros estados (Mutti, 2002: 160). El rey, ese hombre, como señala Shakespeare, era una institución, en él se encarnaba el Estado.

Pasando a conformar una unidad, determinó el tipo de escala espacial a ser priorizada, lo que ha tendido a ocultar y deformar factores que no pueden ser captados de otra forma. La escala geográfica es definida políticamente⁴.

La particular relación entre Estado y sociedad que se constituyó con la modernidad encontró una forma de delimitación territorial desconocida hasta ese momento. El surgimiento del *Estado-nación* se sustentó en el desarrollo de tres principios fundamentales: la soberanía, el territorio y la nación⁵. Con la territorialización y la delimitación de fronteras se

¹ Nuestra concepción inmediata del espacio "...habla de una realidad natural y objetiva; (...) se ven las realidades espaciales como un factor que condiciona la vida humana; pero nunca se atiende a la posibilidad inversa (...) el espacio poseía características esenciales, más o menos fijas pero en cualquier caso independientes de las relaciones sociales y las representaciones espirituales sobre el mismo urdidas por los sujetos individuales o colectivos" (Hespanha, 1993: 85).

² Así como el territorio del Estado debe ser pensado como una construcción, los medios a través de los cuales se logró aquello también deben ser pensados como construcciones. Particularmente, la lengua nacional ha sido un medio de vital importancia para lograr aquella empresa: "desde el momento en que la sociedad descansaba en la alfabetización masiva, era indispensable que una lengua hablada llegara a ser oficial —un medio para la burocracia y la enseñanza— si se quería evitar que esa sociedad se hundiera en el submundo de una comunicación puramente oral (...) Pero sólo el poder político podía transformar el estatus de las lenguas o dialectos menores (que, como todo el mundo sabe, son lenguas que no poseen un ejército ni una fuerza de policía)" (Hobsbawm, 1999: 166).

³ Esta naturalización del territorio se ve contrarrestada por la falta de este concepto espacial entre los niños que sólo tienen una experiencia del paisaje que los rodea.

⁴ Durante la primacía del Estado-nación, el lugar y el "sentido del lugar" predominante imprimieron una noción del "espacio topológico" que impulsieron determinadas escalas, desvalorizando otras (Marden, 1997: 38).

⁵ El principio de la soberanía se construyó a partir de la anulación de las diferentes instituciones y niveles de autoridad propias del mundo feudal. La soberanía se constituyó como inseparable de la territorialidad y del surgimiento de un principio cohesivo como el de la nación.

pasó a diferenciar lo interno y lo externo, lo perteneciente y lo no perteneciente, lo nuestro y lo ajeno⁶.

De esta forma ha predominado la visión espacial del Estado-nación como absoluta, de “un nivel” (ejemplificado por la geometría euclidiana y la física newtoniana), homogénea y sin cambios. Esta estructuración, incluyendo las subdivisiones del espacio político, son también un instrumento de poder en tanto sirven para “...organizar y estabilizar el poder de determinados grupos sociales...” como para excluir políticamente a otros. De esta forma “...la repartición del espacio es correlativa a la práctica política” (Hespanha, 1993: 88, 90). En otras palabras, el poder se ejerce en el espacio. Pero analicemos brevemente cómo se estructuraba el espacio político antes del surgimiento del Estado nación.

I. El espacio político premoderno

Las formas de territorialidad premodernas concebían al espacio político como aquel habitado por una comunidad que reconoce a una misma autoridad política y que es regida por un mismo estatuto⁷. En su inicio ese espacio era el de la casa, el de la comunidad doméstica. La prioridad se centraba en la comunidad de vida más que en la sangre o en el parentesco.

Así el señor detentaba sobre sus tierras (su comunidad de vida) el poder de dirección, al que progresivamente le fue sumando el poder de administración y de gobierno. Es por ello que se puede encontrar una convergencia entre la comunidad de vida, el derecho y el territorio en las estructuras políticas premodernas. Esta división política-administrativa se caracterizaba por su miniaturización e indisponibilidad (Hespanha, 1993: 99)⁸.

⁶ Anderson señala que el proceso de idealización del Estado implica que éste es pensado como atemporal y sin cambios, mientras que varía de forma y tamaño evolucionando de diferentes maneras. Además, se ha pensado al Estado como delimitando a la sociedad, que es entendida como la población contenida en él y se ha generalizado el tipo de sociedad de los estados poderosos como universal. Esta primacía de las visiones “nacionales” ha generado una desatención de los procesos a niveles supra o infra nacionales (Anderson, s/d: 72).

⁷ Nos basamos en el presente parágrafo en lo señalado por Antonio Hespanha (Hespanha, 1993: 98 y ss).

⁸ Althusius definía *provincia* y *terra* como una unidad jurídica y política fundada en una comunidad de vida.

La miniaturización se deriva de la forma de legitimación medieval del poder que exigía el transcurso del tiempo, la contigüidad de los habitantes y la estabilidad de la vida cotidiana. Estas comunidades poseían una vida económica y social común, seguían costumbres y creencias comunes y aceptaban reglas de convivencia. Los hombres estaban siempre cerca entre sí, nunca salían solos (Duby, 1995: 28). Era la contigüidad concreta, la proximidad e inmediatez cotidiana de las personas lo constitutivo de lo social, lo político y lo territorial⁹.

Estas características llevan a la patrimonialización del poder dado que el poder político se vuelve propio del señor, su patrimonio, lo cual lo emancipa de otras formas de poder. “La superioridad jurisdiccional, cuando existía (como en el caso del rey), no tenía nada que ver con el vínculo de subordinación/jerarquía que pudiera fundamentar la idea de un territorio unificado, proyección del poder único e indivisible de la unidad política superior. Más bien lo contrario, aquella superioridad consistía únicamente en un poder de control o de armonización del ejercicio de los poderes inferiores” (Hespanha, 1993: 100).

De esta forma observamos cómo la autonomía de los poderes superiores brindaba el fundamento para las relaciones basadas en la vida de la comunidad, fragmentando la política, miniaturizando las relaciones de poder¹⁰. Los límites de los territorios gobernados por un señor generalmente no tenían ninguna frontera definida (línea de frontera), sino que en los confines de su dominio se extendía hasta “... una extensión vacía y sin significado político o jurídico, el bosque que en el imaginario europeo de la Edad Media identificaba con el reino del misterio y el peligro” (Hespanha, 1993: 101)¹¹.

⁹ Refiriéndose al proceso de creación de las naciones y los nacionalismos, Eric Hobsbawm expresa que “...con el declive de las comunidades reales a las que estaba acostumbrada la gente —aldea y familia, parroquia y barrio, gremio, confraternidad y muchas otras—, declive que se produjo porque ya no abarcaban, como en otro tiempo, la mayor parte de los acontecimientos de la vida y de la gente, sus miembros sintieron la necesidad de algo que ocupara su lugar. La comunidad imaginaria de ‘la nación’ podía llenar ese vacío” (Hobsbawm, 1999: 158). Los lazos sociales sostenidos y reproducidos por la cercanía y vecindad se irán transformando paulatinamente en lazos de carácter más abstractos, en donde la figura del Estado y el territorio sobre el que irradiará su presencia serán trascendentales.

¹⁰ Una pauta de esta fragmentación y miniaturización nos la brindan las técnicas de comunicación política administrativa que se basaban en la oralidad y el contacto personal. Por ello se limitaba el radio de acción de los encargados de la aplicación de los principios administrativos a la distancia que podía ser cubierta en un día de marcha. Una circunscripción administrativa era demasiado grande cuando tenía un diámetro mayor a las 8 o 10 leguas (entre 40 y 50 kilómetros) (Hespanha, 1993: 101).

¹¹ “En el año mil los alrededores de París estaban cubiertos de bosques (...) Poco a poco los desbrozadores lo agujerearon y destrozaron con los útiles de que disponían (...) Así se pobló Europa” (Duby, 1995: 43).

A esta miniaturización del poder debemos adicionar la rigidez, producto de conectar el ejercicio del poder político con las costumbres y la tradición, y la indisponibilidad del territorio para otros señores. Esto se produce dado que las relaciones políticas de una comunidad, en tanto que conjunto de costumbres, tradiciones y creencias, se asientan en un territorio determinado. Una vez “ocupado”, “otorgado” o “apropiado” el territorio se convierte en inviolable por los derechos de naturaleza patrimonial, convirtiéndose en indisponible para el resto de los pretendientes. Esta “...marcada impronta política del territorio (...) es efecto de la lenta osificación de las relaciones entre el poder, la comunidad y el territorio. Las antiguas costumbres sobre el uso y reparo político del espacio —y sus diversas significaciones políticas, jurídicas y administrativas— llegan a hacerse tan normales para la comunidad que ésta comienza a considerar al espacio como el portador de un significado político natural e irreductible” (Hespanha, 1993: 102).

Pero recordémoslo, en la Edad Media territorialización no puede asemejarse a homogeneización ni a integración y centralización territorial¹². Tampoco implica un continuo geográfico o un espacio no compartido por diferentes poderes¹³. “La idea de territorio como una universalidad de derechos es todavía ajena al mundo de las estructuras tradicionales de dominación” (Hespanha, 1993: 105). Pero esta forma de entender el espacio en tanto territorio comenzó a modificarse con el surgimiento de la modernidad. Los autores que analizaremos a continuación forman parte de ambas tradiciones. Mantienen en sus escritos aún la impronta de las concepciones ancestrales, pero reflexionan y echan luz sobre las modificaciones que se están operando en sus sociedades.

Pasemos a considerar en primer lugar las tensiones producidas en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo en su obra *El príncipe*, para luego abordar lo señalado por Tomás Moro en *Utopía*.

¹² Señala Duby que “[s]i leemos, por ejemplo, una crónica de Amboise en el siglo XII, notamos que esos habitantes tenían conciencia de formar una nación y consideraban que los de Angers y Blois formaban otra. Había una gran diversidad de dialectos locales, y sin embargo la gente se entendía (...) La cristiandad latina constituía la comunidad esencial cuyo armazón era la Iglesia...” (Duby, 1995: 67).

¹³ El mismo espacio puede pertenecer a varios territorios, cada uno de ellos tiene un poder parcial y limitado. Esto desde ya generaba problemas de confusión territorial respecto de las jurisdicciones de cada uno de ellos.

II. La concepción del espacio político en Maquiavelo

Los usos que del término “Estado” que se desprenden de la lectura de *El príncipe* generan una gran incertidumbre producto de cierta ambigüedad en esos usos. Esa incertidumbre no proviene, mayormente, de un inapropiado uso del vocabulario, tornándolo poco específico o poco riguroso, sino más bien de la materia política que está observando y sobre la cual intenta reflexionar. De esta forma, en primer lugar recorreremos los usos y significados del término Estado en la obra *El príncipe*. Luego analizaremos esas indeterminaciones asentándolas en una percepción del espacio político como campo de fuerzas móviles y cambiantes, en donde espacio y acción se encuentran en situación de mutua transformación.

Nicolás Maquiavelo se presenta comúnmente como un pensador de una extraordinaria modernidad. Sus escritos dan cuenta de discusiones que se mantuvieron incómodamente presentes en los siglos posteriores a la aparición de *El príncipe*, incluso hoy nos encontramos embebidos por sus reflexiones. La separación entre moral y política, más bien, la fundación de una moral de un orden diferente a la moral convencional, que permitiera juzgar las acciones de los príncipes bajo parámetros difícilmente asimilables para su época, instaló un debate sobre la relación ética-política que aún hoy subsiste. En el mismo sentido, formó parte de una corriente de pensamiento que comenzó a modelar un concepto de *Estado* en sentido moderno. Su generación estaba asistiendo a los procesos de centralización del poder y observando la conformación de unidades territoriales de vastas extensiones.

De esta manera, el uso de este término, su aparición en el espacio discursivo daba cuenta de la emergencia de un fenómeno que intentaba ser designado. En esta paulatina construcción de la política como espacio autónomo de reflexión, comienza a percibirse al Estado como objeto de estudio y como marco sobre el cual se inscriben las acciones políticas, es decir, el espacio sobre el que se asientan las acciones.

Sin embargo, la noción de espacio político en Maquiavelo, pese a que posee ciertos elementos innovadores, no obstante, se encuentra pensada sobre elementos heredados. Federico Chabod presenta esa concurrencia de elementos innovadores y heredados, cuando expresa que “...si el uso de la palabra *Stato* en Maquiavelo y entre los escritores italianos del Renacimiento señala un notable avance hacia la fijación de sus significado moderno, ese significado queda lejos de haber sido alcanzado plenamente” (Chabod, 1987: 175). Vale decir, Maquiavelo se ubica en una evidente

tensión, producto de su propio tiempo. Una tensión que lo hace un pensador extraordinariamente moderno, por la manera de abordar ciertos nudos problemáticos y de inscribir el análisis de los fenómenos políticos, pero igualmente, no se desprende de determinadas reflexiones características de formas anteriores de abordar estos fenómenos.

Quentin Skinner identifica ese momento bisagra en la construcción del concepto de Estado, al señalar: “el cambio decisivo fue de la idea de que el gobernante ‘conservaba su estado’ —donde esto simplemente significaba sostener su propia posición— a la idea de que existe un orden separado y constitucional, el del Estado, que el gobernante tiene el deber de mantener. Un efecto de esta transformación fue que el poder del Estado, no del gobernante, llegó a ser considerado como base del gobierno” (Skinner, 1993: 7-8). De esta manera, situando a Maquiavelo en este momento de quiebre, es posible observar que la noción de Estado que él maneja se encuentra inscripta en un marco de cierta ambigüedad, producto del momento en que se encuentra reflexionando sobre ello.

Creemos conveniente, por lo tanto, observar de qué manera Maquiavelo utiliza el término Estado, con qué elementos lo construye y, finalmente, qué valor le asigna. Es decir ¿Maquiavelo inscribe en el término Estado los mismos caracteres con que solemos pensarlo nosotros? Intentemos dar respuesta a ello, trayendo a colación nuevamente a Chabod. Éste expresa con la palabra Estado, “...la mayor organización política que conoce la humanidad, en lo referente, tanto al conjunto territorial y demográfico sobre el cual se ejerce una soberanía determinada como a la relación de coexistencia y de conexión de leyes y órganos que sobre ella imperan” (Chabod, 1987: 173). De esta definición se logran desprender cuatro elementos que serán los que intentaremos identificar en *El príncipe*: territorio, población, leyes e instituciones. Todos estos elementos aparecen como necesarios conjuntamente, por lo tanto ninguno es suficiente por sí solo para dar cuenta de la noción moderna de Estado. Sin embargo, la ambigüedad en el uso que encontramos en Maquiavelo no sólo se debe a que aún habla del Estado como un dominio propio del príncipe, sino también, porque alude con el término solo a uno o dos de los elementos antes identificados, despojándolo del resto de los atributos.

Recordemos el comienzo del capítulo 1: “todos los Estados, todos los gobiernos que han regido y rigen la vida de los hombres, han sido y son repúblicas o principados” (Maquiavelo, 1995: 35). Si el término Estado encabeza la apertura de la obra, acto seguido es identificado con

gobierno para luego ser derivado hacia el régimen. En cierto sentido, pese a las ambigüedades que se pueden desprender de allí, esta definición puede dar cuenta de cierta significación moderna del término. Se logra visualizar que el término Estado remite a gobierno como dirección de los asuntos de los hombres, y en cuanto al régimen político, pueden ser repúblicas o principados según sean las leyes e instituciones que cada uno promueva y sostenga.

No obstante, en el capítulo 2, Maquiavelo alude con el término a aquello que es identificado como *posesión* y como *disposición* exclusiva del príncipe. Allí, expresa que “...un príncipe que sea medianamente hábil siempre se mantendrá en su Estado, a menos que se lo arrebatase una fuerza extraordinariamente poderosa...” (Maquiavelo, 1995: 37).

Si en este pasaje el término nos presenta su acepción etimológica (condición, situación, posición), ésta nos envía a aquellos atributos que conforman una situación tal, que convierten a alguien en príncipe. Perder *su estado* es perder el poder, la autoridad, la soberanía. Pero estos elementos que hacen a la condición del príncipe, al estado del príncipe, se presentan como atributos particulares, capaces de ser poseídos, de forma que la condición de estatalidad es definida por el príncipe, su figura y atributos que posee y que puede perderlos, no por los elementos externos a él, por lo tanto impersonales. Así, Estado refiere a la condición del príncipe, y en un segundo nivel al poder del príncipe.

En el capítulo 3, Maquiavelo parece estar refiriéndose a la idea de territorialidad definida por un sistema de autoridad, cuando expresa que “...las dificultades aparecen cuando se conquistan dominios en una región con lengua, costumbres y leyes diferentes (...). Uno de los remedios mejores y más eficaces sería que el mismo conquistador fuera a vivir allí” (Maquiavelo, 1995: 41). El dominio refiere claramente en este pasaje al espacio territorial, al espacio físico donde se asientan lenguas, costumbres y leyes, y que se encuentra construido por un ejercicio del poder. Así, el territorio, como asiento para el ejercicio del poder, posee una gran presencia en Maquiavelo, trascendiendo la idea de asiento y convirtiéndose en producto de la acción y determinante de ella. Es decir, si la idea de territorio supone un concepto geográfico del espacio, presupone también, una noción política, debido a que remite a aquello que se estructura y que es controlado por algún tipo de poder. Esta idea es la que se vincula fuertemente al dominio, ya que este último es una categoría político-espacial.

También en el capítulo 6 el término Estado es vinculado al territorio, es a la vez espacio físico y espacio político: “...facilita las cosas que el

príncipe, al no poseer otros estados, se vea obligado a vivir personalmente en el principado” (Maquiavelo, 1995: 56). El Estado es asimilado al principado ya que, al momento que asume una connotación territorial (“...vivir personalmente en...”), lo dota de una estructura de poder (“...el principado...”).

En el capítulo cuarto, la noción Estado se transfiere a la forma institucional que posee: “...todos los principados conocidos están gobernados de dos maneras distintas: o mediante un príncipe de quien todos los demás son servidores, que le ayudan a gobernar el estado en calidad de funcionarios, por gracia y concesión suya, o mediante un príncipe y una corte de nobles, que gozan de esa condición no por gracia de su señor, sino por la antigüedad de su linaje” (Maquiavelo, 1995, 49-50). La referencia a la manera en que es gobernado un principado, hace del Estado un armazón institucional (príncipe, funcionarios y nobles) que dotará de mayor o menor autoridad al príncipe según como esté conformado.

Así, si en un primer momento identificamos en la noción de Estado al espacio político por excelencia de la modernidad, al remitirnos a Maquiavelo como uno de los pensadores que comienza a darle una forma moderna al concepto, nos encontramos en su obra con una gran imprecisión. Imprecisión debido a que “...el paso del significado común del término *status* de ‘situación’ a ‘Estado’ en el sentido moderno de la palabra...” (Bobbio, 1987: 86), aparece con límites difusos, entremezclado, inespecífico. La tensión en la que colocamos a Maquiavelo, radica en que aun cuando por momentos parece referir con el término Estado a esa abstracción totalizadora a manera de una ficción jurídica, de forma predominante se encuentra significado como el “cuerpo del príncipe”, no en sentido metafórico sino real. El Estado es el “estado del príncipe”, son los dominios del príncipe y es su condición.

La tensión del pensamiento de Maquiavelo refleja el proceso de concentración del poder estatal que se estaba desarrollando en algunas áreas europeas, mientras la península itálica permanecía disgregada y era objeto de innumerables disputas. La multivocidad del término Estado manifestaba en parte esa tirantez entre la centralización, la dispersión y el *status* como condición del príncipe. Por otro lado, las rupturas de lazos de dominación medieval y de la idea de espacio como comunidad de vida, conjuntamente con una paulatina relajación de la observancia religiosa, manifiestan otra tensión, el problema de la obediencia en un momento en que las almas aflojaron sus vínculos de sujeción y se replantearon los lazos que las unían ante las autoridades, eclesiásticas y terrenales.

Esto nos reenvía al otro problema que apuntábamos, el de la construcción política del espacio. Así como Renato Ortiz señala, en relación a la globalización, que “...no nos ayuda tanto decir el espacio se vació; importa más entender su nueva configuración, cómo es ocupado” (Ortiz, 1996: 52), una operación similar puede realizarse con respecto a Maquiavelo. Una nueva configuración espacial se ha gestado, producto del proceso de centralización política y alojamiento religioso, por lo que cabría preguntarse sobre el contenido que ella posee en *El príncipe*.

Para dar cuenta de esto Sheldon Wolin (Wolin, 1973) nos propone que la imagen que Maquiavelo posee del espacio político se encuentra determinada por una tensión, que adquiere connotaciones sin precedentes respecto a la naturaleza de la obediencia. Los lazos que ligaban a los hombres a un orden en función de una organización de dominación feudal, se estaban paulatinamente debilitando, las pautas de comportamiento se habían considerablemente atenuado y los espacios en donde éstas se generaban y se reproducían se habían resquebrajado. El resultado de ello era, por lo menos, preocupante. Se debía intervenir en un campo de fuerzas, móviles y cambiantes en donde ninguna acción, por majestuosa que ella fuera, garantizaba la continuidad y el orden. Las piezas habían cambiado de posición en el tablero. Como consecuencia de ello, las relaciones de fuerza se habían modificado. Ninguna pequeña o gran acción, por categórica que fuera, garantizaba una permanencia de fuerzas.

Maquiavelo, como el teórico moderno de la acción política, supondrá al espacio político como el “dominio” de las acciones del príncipe. Será el territorio en que debe actuar un príncipe, las habilidades que deberá poseer o desarrollar, lo que constituirá la matriz principal para reflexionar sobre la forma que asume el espacio político maquiaveliano.

Así, el espacio político se encuentra conformado por diferentes fuerzas a las que se debe identificar y se les debe asignar su respectivo valor. El primer elemento constitutivo del espacio político que nombra Maquiavelo es el pueblo, ya que de allí provendrán sus principales amenazas, sea por movilización propia ó a través de personajes como por ejemplo Savonarola, ó facciones determinadas, como los Orsini o los Colonna¹⁴, que lo conducen: “...su inestabilidad nace en primer lugar, de una dificultad natural propio de todos los principados nuevos: que los hombres siempre están dispuestos a cambiar de señor; creyendo que así van a mejorar, y esta convic-

¹⁴ “Estas dos familias se habían dedicado a fomentar disturbios populares, siendo su principal ambición impedir que el papado llegara a adueñarse del gobierno de la ciudad” (Skinner, 1993: 137; Maquiavelo, 1995, Cap. XI).

ción les hace alzarse en armas contra él...” (Maquiavelo, 1995: 39). Sin embargo Maquiavelo es consciente de que en última instancia, la fortaleza y el poder del principado provienen de allí. De esta manera, lo que más debe temer un príncipe es que lo abandone el pueblo, pues en esa situación estará destinado a perder el principado en corto tiempo, porque “aunque se tenga un ejército poderoso, para entrar en una región siempre hay que contar con el apoyo de sus habitantes” (Maquiavelo, 1995: 39).

En segundo lugar, otro de los elementos es el linaje del príncipe que se derrota. Sean cuales sean las condiciones por las que se adquirió el principado, dicho linaje debe ser eliminado, y con respecto a aquellos poderosos que se vieron desplazados por esa determinación, “...el príncipe debe guardarse de ellos y temerlos como si fueran enemigos descubiertos, porque en los momentos de adversidad, siempre colaborarán en su ruina” (Maquiavelo, 1995: 79), ya que se mueven a través del engaño y orientados por la ambición.

En tercer lugar, aparecen la lengua, las costumbres y las leyes del pueblo, dentro de los cuales se encuentra la naturaleza de su obediencia, es decir, si un pueblo está acostumbrado a ser libre o acostumbrado a ser dirigido. Las dificultades para el príncipe aumentan o disminuyen de acuerdo al grado de semejanza que tiene con dichos elementos. Vale decir que, si el príncipe posee una situación geográfica favorable por la vecindad o la cercanía, habla la misma lengua y practica costumbres similares, lo más prudente sería no alterar ningún elemento, sobre todo las leyes y las costumbres. Pero si la situación es enteramente desfavorable, es decir, “...cuando se conquistan dominios en una región con lengua, costumbres y leyes diferentes, hay que tener mucha suerte y mucha habilidad para conservarlos” (Maquiavelo, 1995: 41).

Por último, nos encontramos con los ejércitos con los que cuenta un príncipe. Los capítulos XII, XIII y XIV de *El príncipe* están dedicados exclusivamente a esta cuestión. Pero sólo los ejércitos propios son dignos de confianza, ya que están compuestos por súbditos, ciudadanos ó favoritos, dispuestos a dar la vida.

Estos elementos que conforman y dan forma al espacio político, deben ser confrontados o manipulados por el príncipe a través de una eficaz acción política determinada por la disposición de las relaciones de fuerza existentes¹⁵. Todas sus posibles variantes estructuran el espacio

¹⁵ Adquirir el principado de una determinada manera dispondrá, según las circunstancias, a que se actúe de una forma precisa. La relación de fuerzas no será la misma si se ha obtenido el principado con las propias armas ó con las de otros, a través de la virtud ó por un golpe de fortuna, con el favor del pueblo ó contra él, con un uso excesivo ó moderado de la violencia, etc.

político estableciendo un margen restringido de acciones a seguir. Si ante cada movimiento las relaciones de fuerza se van modificando, el poder de cada uno también lo hará. Además, no debemos olvidarlo estas fuerzas actúan en una nueva territorialidad que se va constituyendo.

La gran contribución de Maquiavelo radica en las características que una acción política debe tener para llegar a ser eficaz en las nuevas circunstancias sociales y políticas que se estaban desarrollando. Skinner sostiene que la gran revolución de Maquiavelo consistió en la redefinición del concepto de virtud, pensada como una disposición a hacer siempre lo que la necesidad dicta con el objetivo de alcanzar sus fines más altos (Skinner, 1998). Los teóricos del gobierno principesco de su tiempo, agrega Skinner, consideraban que si un gobernante pretendía conservar su Estado y alcanzar el honor, la gloria y la fama, necesitaba cultivar toda la gama de virtudes cristianas y morales¹⁶.

Ese dictado de las necesidades se encuentra relacionado con el segundo elemento importante: la fortuna. La virtud no sólo trata del saber cómo actuar ante una fortuna adversa o benévola, con qué medios hacerlo y no escatimar en ellos, sino también del saber adaptarse a la naturaleza cambiante de los tiempos. Ello conduce a considerar la virtud como una disposición flexible, dúctil a condición fluctuante de los tiempos.

Siguiendo esta línea de argumentación, el concepto de virtud en Maquiavelo no puede desligarse de la noción de fortuna. Lo importante es la manera en que se hace uso de la fortuna cuando le es favorable y la manera en que se prepara y la afronta cuando lo contraría, lo que hace a un príncipe virtuoso. Este río impetuoso necesita de la virtud que lo domina poniéndole límites, diques, encausándolo; de no ser así, arrasa con todo lo que encuentra a su camino.

Lo cierto es que, en el capítulo VI, Maquiavelo sienta una especie de relación de suma cero entre la fortuna y la virtud: a mayor virtud del príncipe menos propicias serán las ocasiones de la mala fortuna para derribarlo, y a menor virtud hace aparición la mala fortuna para derribar su principado¹⁷. Acto seguido formula una magnífica ecuación política:

¹⁶ Producto del legado de los moralistas romanos, la recepción que de ellos hacen los consejeros de príncipes sobre las virtudes que estos deben poseer, los conduce a una fuerte objeción a cualquier tipo de divorcio entre la conveniencia y el reino de la moral; el actuar moralmente correcto y el actuar político se encontraban fuertemente vinculados.

¹⁷ Así parece expresarlo el propio Maquiavelo: “puesto que el hecho de pasar de simple ciudadano a príncipe supone una intervención o de la virtud o de la suerte, parece que o la una o la otra deberían mitigar en parte muchas de las dificultades; sin embargo, son los que menos se han beneficiado de la suerte los que se han mantenido más tiempo en el poder” (Maquiavelo, 1995: 56).

“los que se convierten en príncipes gracias a sus capacidades, encuentran más dificultades para conquistar el principado, pero les resulta más fácil conservarlo” (Maquiavelo, 1995: 57), mientras que “...los que de privados se convierten en príncipes sólo gracias a la suerte, lo consiguen con poco esfuerzo pero luego les cuesta mucho mantenerse” (Maquiavelo, 1995: 61). Es la virtud, las habilidades para doblegar las rachas de la mala fortuna, lo que logra fortalecer un principado, y ante ello, una vez más Maquiavelo apela a medios éticamente reprochables pero “políticamente correctos”: si la fortuna es como una mujer, para someterla se debe pegarle y maltratarla (Maquiavelo, 1995: 158).

Aquí vemos una nueva concepción de moralidad, de manera que las acciones políticas son valorizadas por medio de otros criterios. Frente a las principales virtudes cristianas Maquiavelo da un vuelco de ciento ochenta grados al asunto descargando un irritante planteo: “...es necesario que un príncipe que se quiera mantener aprenda a no ser bueno, y a utilizar esa capacidad según la necesidad” (Maquiavelo, 1995: 109).

En esta desavenencia entre la política y la moral radica la autonomía del espacio político. Sin embargo, la noción de dos morales diferentes, una propia del ámbito privado y la otra del público, sostenida entre otros por Skinner, nos lleva a pensar que “...la diferencia entre Maquiavelo y sus contemporáneos no puede caracterizarse adecuadamente como una diferencia entre una visión moral de la política y una visión de la política como divorciada de la moral. Antes bien, el contraste esencial es entre dos morales distintas: dos explicaciones rivales e incompatibles de lo que, a la postre, debe hacerse” (Skinner, 1993: 159-160). Condenar a Maquiavelo por cínico y frívolo es juzgar las acciones que se desenvuelven en el espacio político con los criterios que utilizamos para ordenar nuestras acciones en el espacio privado.

Maquiavelo ataca decididamente las nociones tradicionales: el príncipe “...no debe preocuparse de incurrir en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque, si se examina todo atentamente, se encontrarán cosas que parecen virtudes y sin embargo le llevarían a la ruina, y otras que parecen vicios, de los que por el contrario nacerán su seguridad y su bienestar” (Maquiavelo, 1995: 110).

Si Maquiavelo continúa hablando de virtud, pese a que transforma radicalmente sus contenidos, el mismo ejercicio puede hacerse con respecto a la noción de moral. Sin necesidad de desplazarla del vocabulario político, por lo cual transformaríamos el espacio político en un lugar carente o contrario a la moral, se la transforma. La moral rectificada para

valorizar las acciones políticas, daría cuenta de ellas bajo los términos de “bueno” y “malo”, con la gran diferencia que estos últimos términos refieren a la eficacia de la acción, en sus móviles y en sus resultados¹⁸. En cierto sentido, la moral en el espacio público se rige por los fines, una acción política es buena cuando logra su resultado, mientras que la moral privada apunta a los medios, sin importar los fines que resulten, aun si tiene resultados contradictorios y perjudiciales. En conclusión, con Maquiavelo el espacio se disloca en espacio político y no político, con una lógica de acción, un criterio de valoración y un saber específico que delimitan sus contornos.

La crudeza de Maquiavelo, su vigoroso realismo se logra ver en el pasaje sobre las buenas leyes y las buenas armas: “los fundamentos principales de todos los estados, ya sean estos nuevos, viejos o mixtos, son las buenas leyes y los buenos ejércitos; puesto que no puede haber buenas leyes donde no hay buenos ejércitos, y donde hay buenos ejércitos conviene que haya buenas leyes...” (Maquiavelo, 1995: 91). La ley no aparece como fuente autónoma de poder, sino que recurre a la espada para adquirir su majestuosidad y solemnidad. Las armas, las leyes y los territorios se encuentran íntimamente encadenados: donde hacen falta leyes para organizar la vida social en los dominios se requiere de armas para imponerlas y sellarlas con fuego en la piel de los hombres.

La violencia maquiaveliana no sólo acalla, sino que redistribuye nuevamente las relaciones de fuerza en el campo político, vale decir, que la violencia y el engaño son los dos grandes administradores del poder y por lo tanto modeladores del nuevo espacio.

Resumiendo, el espacio político en Maquiavelo adopta dos formas: como territorio (los límites de la materialidad del príncipe) y como campo de fuerzas (constante transformación debido a lo cambiante de ellas). Estas dos formas se crean y se transforman mutuamente, ya que las relaciones de fuerzas no sólo se desarrollan en un territorio estrictamente delimitado, sino que además esas mismas relaciones tienden a modificar dicho territorio. Aquí asume el territorio su constitución decididamente política, más allá de su condición física. Por otro lado, una determinada conformación del territorio obliga a asumir determinadas acciones.

¹⁸ Siguiendo esta línea, Gramsci consideró la relación entre moral y política bajo estos términos: “el político es juzgado no por el hecho de que actúe con equidad, sino por el hecho de que obtiene o no los resultados positivos o evita un resultado negativo, un mal, y aquí puede ser necesario ‘actuar con equidad’, pero como medio político y no como juicio moral” (Gramsci, 1997: 171).

La noción que sintetizaría ambas concepciones es la de “dominio”. El territorio no es el mero espacio físico donde se asientan las relaciones de fuerzas entre los hombres, y las relaciones de fuerza no son meros comportamientos que dejan incólume al territorio. El espacio político maquiaveliano es una conjunción de estos elementos que se configura en el término “dominio”. Hespanha señala que “...se ven las realidades espaciales como un factor que condiciona la vida humana, pero nunca se atiende a la posibilidad inversa” (Hespanha, 1993: 85). Parte de la modernidad de Maquiavelo cabría asignársela por esto: la potencia de la acción política como instrumento de transformación del espacio, y a la inversa, un determinado espacio de fuerzas que obliga a adoptar cada curso de acción.

III. El territorio como sustento de la moral: Tomás Moro

Maquiavelo y Moro son contemporáneos. Mientras *El príncipe* fue escrito en 1513, el Libro II de *Utopía* fue redactado en 1515 en un viaje de Moro por Flandes, y el Libro I en 1516. En ese mismo año aparece la primera edición a la que le seguirán otras tres entre 1517 y 1518.

Desde ya que no compartimos la posición adoptada por George Sabine quien expresa que la obra de Moro es “...el canto de cisne de un viejo ideal más bien que la voz auténtica de la época que estaba naciendo” (Sabine, 1990: 323). A nuestro entender en su obra encontramos también perfiladas, como rudimentos, las características centrales de la modernidad; no se trata simplemente de una quimera, de una fantasía, sino de un proyecto para la acción, de un programa que se supone realizable en el futuro.

Parece, sin embargo, paradójico intentar reflexionar sobre la territorialidad a partir de un texto que en el mismo título nos refiere a un espacio que no existe. Utopía es un no lugar. Sin embargo, uno de los debates fundamentales de la obra es cómo debe estructurarse nuevamente el territorio a partir de la crisis del espacio tal como se lo entendía en el mundo feudal.

Como es sabido en el Libro I se realiza una crítica a la situación social inglesa de la época, mientras que en el Libro II se presenta a la isla de Utopía con su perfecta organización política, económica y social.

En la utilización de las fuentes hemos tenido que recurrir alternativamente a la versión castellana, a la inglesa y al original en latín para

evitar confusiones en la utilización de los conceptos¹⁹. Así, en la versión castellana encontramos recurrentemente la palabra Estado que es impropia del texto original en latín. En la versión en inglés se utiliza la palabra *country*, o *government*, o *public would*. En la versión en latín sólo encontramos la palabra *statu* en cinco oportunidades y en el marco de la expresión “*de optimo statu reipublicae*”²⁰. En este caso la referencia es a aquella sociedad en la cual se ha alcanzado el mejor estado, la mejor situación de la comunidad, de la república (Skinner, 2003: 27). Aquí no tenemos la mayoría de las connotaciones que ya encontramos en Maquiavelo en la utilización del término y que remiten a la larga tradición que se estaba conformando en el norte de Italia desde finales del siglo XIII (Skinner, 2003: 23 y ss). Además, en castellano se utiliza tierra en lugar de *country* o república en lugar de *commonwealth*. Esta última es la adaptación al mundo inglés de la palabra latina *reipublicae*.

En ambos libros la descripción realizada por Moro reflexiona sobre los distintos elementos que configurarán al Estado moderno: el territorio, la población, las leyes y las instituciones. Tal vez una frase sea la que resume las ópticas de ambos libros: “del príncipe surgen todos los bienes y las desgracias de un pueblo como de un perenne manantial” (Moro, 1984: 42). En otros términos, el poder es la causa de todos los males (como el de la sociedad inglesa que analiza), pero puede ser a su vez el remedio para esas situaciones si se lo utiliza correctamente (el modelo que perfila en la segunda parte de la obra).

De esta manera, como en Maquiavelo, la relación entre el bien y el mal ha dejado de pensarse en un sentido religioso, mítico o extra humano, para pasar a ser concebida en términos históricos concretos. El mundo físico, las influencias astrales o la voluntad divina ya no son el fundamento del ordenamiento del poder, sino que este remite ahora a instancias humanas como la conciencia individual y la organización social. Sin embargo, para Moro el bien puede ser alcanzado. Como señala Antonio Campillo Meseguer (1984: 4), “la moralidad, en efecto, se desplaza de lo cosmológico a lo histórico. Esto permite pensar que el mal puede ser combatido y el bien alcanzado. Permite pensar en la ‘utopía’ (...) como un horizonte históricamente accesible, como una meta a la que los hombres pueden acercarse lenta y laboriosamente, guiados exclusivamente por su razón y su esfuerzo”. Aquí por lo tanto debemos sumar la posibi-

¹⁹ Las citas corresponden a la versión castellana.

²⁰ Esta expresión era central ya en las versiones humanistas del *Quattrocento* sobre la vida política bien ordenada (Skinner, 2003: 26).

lidad de que los hombres alcancen por medio de sus acciones el progreso de sus sociedades, denotando una forma moderna de concebir el tiempo.

El origen del mal que preocupa a Moro es social. De ello se ocupa a lo largo del primer libro. En él se plasma la guerra, la desigualdad económica, la dominación política, la excesiva diferenciación entre ricos y pobres y los desórdenes sociales que por ello surgen.

En primer lugar realiza un rastreo de estas situaciones conflictivas en la Inglaterra de su época. En ellas describe la crisis de la territorialidad premoderna que, como ya hemos dicho, concebía al espacio político como aquel habitado por una comunidad de vida doméstica que reconocía a una misma autoridad política y se centraba en los vínculos de sangre o en el parentesco.

En el diálogo entre Tomás Moro, Pedro Edigio y Rafael Hitlodeo se pasa a criticar fuertemente, luego de una necesaria adulación hacia el monarca y sus consejeros, la forma en la cual eran castigados los ingleses que actuaban contra las leyes robando para poder procurarse su sustento. De esta reflexión sobre la dureza de los castigos se desprende la conversación sobre las condiciones de vida de la población. “Es considerable el número de los nobles que, ociosos como holgazanes, no sólo viven del esfuerzo de los demás sino que los esquilman como a labriegos de sus tierras y los desuellan vivos para incrementar sus rentas. Esta es la única economía que conocen esos hombres, derrochadores hasta la ruina, que viven rodeados de una gran caterva de holgazanes que nunca conocieron otra manera de ganarse la vida”; al perder a sus amos “...toda esa gente sufriría hambre, sin duda, de no dedicarse inmediatamente al robo” (Moro, 1984: 45).

En otros términos, la ruptura de los lazos sociales propios de las comunidades de vida, de la territorialidad medieval, producen una crisis y una disgregación social que es criticada fuertemente por Moro. El poder se muestra en sus aspectos más negativos, como la causa de los males: “en sus vagabundeos fueron estropeando poco a poco las ropas y la salud, y luego, macilentos por la enfermedad y cubiertos de harapos, ni los nobles se dignan acogerlos ni se atreven a recibirlos los campesinos, porque no ignoran que los que han sido educados cómodamente en el ocio y los placeres, y están acostumbrados a blandir la espada y cubrirse con el escudo, desdeñan a todo el mundo con gesto soberbio y carecen por completo de aptitud para usar la azada y servir lealmente a un pobre por escasos alimentos o un modesto salario” (Moro, 1984: 45).

Pero había un mal mayor que la guerra. Otra causa producía la pobreza de los habitantes, eran las ovejas, mansas antes, indómitas luego;

voraces al punto de comerse a los mismos hombres, destruyendo las casas, los campos y las aldeas. Pero en realidad eran los nobles y los abates que las crían los que no dejan nada para el cultivo; demolían las casas, arrasaban los pueblos y utilizaban los templos para guarecer a las ovejas. Esta era la triste e irónica respuesta de Moro a los cambios sociales y económicos generados en los albores del proceso de producción industrial textil.

Aunque extensa, la cita es imprescindible. “Además, para que algunos de estos individuos feroces, flagelo insaciable y perverso de la patria, puedan cercar algunos miles de huebras, arrojan a sus colonos de las suyas, los privan por el engaño y por la fuerza o los obligan a venderlas, hastiados ya de vejaciones. Y así emigran como pueden esos infelices, hombres, mujeres, maridos, esposas, huérfanos, viudas, padres con hijitos; en fin, una familia más numerosa que rica, porque la labranza necesita de muchos brazos. Emigran de sus lugares habituales sin hallar dónde refugiarse; venden a un precio ínfimo sus pobres pertenencias cuando encuentran quién se las compre, pues necesitan desembarazarse de todo; y una vez que lo han consumido en su peregrinaje, ¿qué otro recurso les queda más que robar y, por ende, el de que se los ahorque en justicia, o el de rodar mendigando con el riesgo de ir a la cárcel por ociosos o vagos, porque nadie les dio ocupación, aunque ellos se ofrecieran con la más grande voluntad? En las tareas agrícolas a las que estaban habituados nada hay que hacer puesto que nada se cultiva y, por otra parte, un solo pastor y un solo boyerizo bastan para apacentar los rebaños en tierras que, de cultivarse, necesitarían de muchos brazos” (Moro, 1984: 47).

La Inglaterra conocida por aquellos miles de individuos, sus vínculos sociales, sus costumbres productivas seculares, las definiciones espaciales de sus ancestros desaparecían ante sus ojos. Para Moro el poder mostraba su cara más destructiva, arrojando a gran parte de la población de sus tierras, creando monopolios, concentrando la riqueza, empujando a parte de la población a ser ladrones para luego castigarlos con la muerte, haciendo el mal. La nobleza dejaba a sus servidores sin protección, los expulsaba, los convertía en miserables vagabundos para luego castigarlos²¹.

²¹ La posición de Moro concluye en que “...donde quiera que haya propiedad privada y se mida todo por el dinero, será difícil conseguir que el [gobierno] actúe con justicia y acierto...”, y agrega “...el único y solo camino para la salud era la igualdad de los bienes, cosa que no creo que se pueda lograr donde exista la propiedad privada (Moro, 1984: 64, 65).

Pero Moro consideraba que era el poder, ahora como elemento creador, reparador, el que debía desterrar "...esos funestos flagelos..." (Moro, 1984: 49) decretando que volvieran a la vida las fincas y aldeas, restaurando la agricultura, evitando las tierras ociosas y los monopolios. En otras palabras, reconstruyendo la sociabilidad perdida²².

Un segundo momento del primer libro es dedicado al análisis de la conquista de otros reinos. Aquí cobra particular importancia la posición adoptada por Moro dado que, aunque no coincidente con la de Maquiavelo, refleja el estado de la discusión sobre la expansión de los reinos hacia otros reinos menores anexados, sobre la constitución de los estados nacionales que comenzaban a nacer. Los métodos descriptos por Moro son similares a los que Maquiavelo hace referencia. Nos habla de la función de las intrigas, de las alianzas tácticas temporales para derrocar y someter a terceros, de la necesidad de no generar más de un enemigo a la vez, de la salvaguarda de las propias conveniencias, del uso de los botines de guerra, de la utilización de fuerzas mercenarias, de las compra de las voluntades, de las alianzas familiares, de los tratados territoriales para anexar o ceder algún territorio...²³.

Pero estas opciones que los reinos podían optar eran valoradas negativamente por Moro ya que consideraba que los proyectos bélicos perturbaban a las naciones, agotaban sus recursos, aniquilaban las poblaciones y acarreaban sólo desgracias. Su crítica está dirigida nuevamente hacia los gobernantes. Por contrapartida, "...lo que le corresponde a un soberano es cuidar el reino de sus antepasados, favorecerlo en la mayor medida posible, y convertirlo en el más floreciente, amar a sus súbditos y hacerse amar por éstos, regirlos benignamente y dejar en paz a los demás reinos, porque el que le ha correspondido es para él lo bastante grande y aun excesivo..." (Moro, 1984: 59).

De esta manera Moro toma partido contra la división entre ricos y pobres, y contra la guerra, que son consideradas contrarias a la condición humana. De aquí colige que todo Estado se debe fundar en la paz exterior y en la igualdad interior. Su preocupación es por dotar a los estados y a sus sociedades de una situación próspera, porque "la realidad

²² Entre las tareas que debe acometer el poder se encuentra la de buscar formas de castigo que eviten la pena capital a la cual Moro, por intermedio de Rafael, considera absolutamente inicuo. Para Moro el mejor castigo es que el reo trabaje para el bien público.

²³ Y continúa la enumeración de las tácticas: reunir tesoros, disminuir el valor de la moneda al realizar pagos, simular guerras para cobrar tributos, celebrar la paz para congraciarse con el pueblo, utilizar leyes olvidadas para obtener dinero, ganarse a los jueces.

demuestra cuán errados están los que creen que la pobreza del pueblo es garantía de paz” (Moro, 1984: 60).

Como observamos, la preocupación de Moro no lo aleja del realismo y la modernidad de Maquiavelo. Sin embargo hay en Moro un optimismo antropológico, una confianza en la bondad natural del hombre. Es “...la historia la que se ha desviado de la naturaleza, son los gobernantes los que han traicionado su verdadero cometido” (Campillo Meseguer, 1984: 5).

En el segundo libro Moro pasa a considerar a la política, y al poder, como origen del bien describiendo las características de la isla de Utopía. Como ya señalamos en el caso de Maquiavelo, siguiendo a Chabod, los elementos que describen al Estado moderno: territorio, población, leyes e instituciones, aparecen también como necesarios conjuntamente, aunque ninguno sin ser suficiente por sí solo, en el pensamiento de Moro.

Las primeras líneas de dicho libro nos cuentan su ubicación, sus accidentes geográficos, su extensión, sus ciudades. Pero aquí Moro nos da un dato esclarecedor, ninguna de las cincuenta y cuatro ciudades de la isla distan entre sí más de lo que se puede recorrer en un día de marcha. Si recordamos lo dicho arriba respecto de las distancias de las jurisdicciones medievales, vemos que en Utopía se mantiene dicho criterio para la organización territorial, sin embargo, un hecho fue determinante para lograr el florecimiento de dicha sociedad. En sus inicios Utopo, conquistador de estos dominios “...mandó cortar la lengua de tierra de quince millas que la unían al continente, permitiendo que el mar la circundara” (Moro, 1984: 70). En otros términos el modelo social ideado por Moro parte, para obtener su éxito, de una decisión geoestratégica. De una decisión de constituir un Estado autárquico y ejemplar. Moro ya nos había adelantado un tanto esta idea de aislamiento al presentarnos una micro utopía en el Libro I. Era la de los *polileritas* que habían logrado un buen gobierno gracias a su aislamiento territorial (Moro, 1984: 51).

De igual modo una decisión geoestratégica fue la división entre los castellano-aragoneses y los portugueses que establecieron el Tratado de Tordesillas, en 1494, en lo que para algunos es la primera frontera moderna (Cairo Carou, 1996: 5)²⁴. Por ello en Moro encontramos, junto a una organización tradicional del espacio, la decisión política de definir al territorio en el cual el poder actuará ordenando la sociedad para alcanzar una vida orientada al bien. Así lo hizo Utopo incluso con el trazado

²⁴ Señala Heriberto Cairo Carou que “[e]s importante tener en cuenta que entre la región de frontera y el límite fronterizo lineal no existe una relación evolutiva” (Cairo Carou, 1996: 6).

de las ciudades y con el sorteo de las casas que a cada uno le correspondían (y que cambiaban de habitante, por otro nuevo sorteo, cada diez años).

Otro de los elementos organizadores del espacio es el trabajo. Como sostiene Campillo Meseguer, en "...este punto se encuentra una de las novedades esenciales de la utopía de Moro. Frente a la división estamental de la Antigüedad y de la Edad Media, Moro postula el imperativo moral del trabajo como la única vía para la igualdad social. Que la propiedad sea común, (...) pero que sea común también trabajo" (Campillo Meseguer, 1984: 5). Esta posición respecto del trabajo es fundamentalmente moderna ya que implicaba una forma de división de las tareas que igualaba a los hombres y mujeres y que sostenía que los conocimientos de las labores podían ser enseñadas por igual a los diferentes habitantes. En particular esto sucedía con la agricultura, actividad que todos debían aprender y realizar.

Cada uno podía aprender el oficio paterno, pero si no lo deseaba, otra familia podía actuar como conductora del aprendizaje. Es más, un solo individuo podía tener más de un oficio y realizar aquel que le pareciera más gustoso. Las horas diarias de trabajo eran seis y el resto del tiempo era dedicado por los utopianos a la comida, al descanso o a las actividades que les parecieran más gustosas. Lo único que no toleraba dicho orden, bajo ninguna medida, era que alguno de sus miembros quedara ocioso. El no ocio (negocio) era fundamental para mantener la vida en común; de la misma manera no existen ni pobres ni mendigos.

Así, el territorio, también en Moro es el asiento para el ejercicio del poder, aunque es este caso particular para el uso del bien, tal como él lo entiende. Posee, como en el florentino, una gran presencia en sus escritos y trasciende la idea de asiento convirtiéndose también en producto de la acción y determinante de ella. Aquí encontramos, del mismo modo, un concepto geográfico del espacio que concilia con su noción de la política y del poder.

Otro momento en el cual Moro nos relata los criterios de territorialidad de los utopianos es cuando destaca los motivos por los cuales ellos van a la guerra. Ellos son: la defensa de las fronteras, la expulsión de los invasores de los territorios amigos o liberar a algún pueblo amigo del yugo de un dictador. "como se ve, los utopianos tienen muchos motivos, todos ciertamente muy dignos, para emprender una guerra. Y una vez emprendida se comportan como cualquier Estado europeo de la época: por un lado, prefieren ganar con astucias y engaños, y no con la fuerza

bruta y el excesivo derramamiento de sangre (...); por otro lado, prefieren gastar dinero en contratar mercenarios en lugar de arriesgar la vida de los propios súbditos...” (Campillo Meseger, 1984: 16).

Por lo antes dicho, observamos que desde el lugar cercano al Nuevo Mundo en el cual fue ubicada la isla (Moro, 1984: 35), hasta las condiciones de vida de sus habitantes²⁵, servían para “...brindar ejemplos adecuados para enmendar los errores de ciudades, naciones, pueblos y reinos...” (Moro, 1984: 41). En otras palabras su objetivo es corregir y regenerar por medio del modelo utópico. Éste tiene como meta: “...libertad y control social, justicia y corrección moral, igualdad y vigilancia continua. En último término, se trata de articular lo moral y lo político, lo privado y lo público, la virtud de los individuos y la buena marcha del Estado” (Campillo Meseger, 1984: 18).

IV. Conclusiones

Tanto en Maquiavelo como en Moro el espacio político es el marco de materialidad en el cual se piensan y desenvuelven las relaciones de poder. Sin embargo, mientras en el florentino esas relaciones de poder no se encuentran determinadas por criterios morales, en el santo cristiano se denuncia el antagonismo entre moral y política aunque cree posible la reconciliación entre ambas con la supeditación de la segunda a la primera.

Por esto consideramos que, aunque pensadores acabalgados entre dos épocas, los rasgos que predominan en ellos son modernos. El camino de la política, de la construcción del orden, no es un camino individual guiado por la providencia, sino uno colectivo trazado por los propios hombres.

Están abandonando las formas por medio de las cuales los hombres habían justificado el orden social. En palabras de Anthony Giddens: “[l]a sociedad tradicional, por definición, continuamente mira atrás, hacia el pasado, y el pasado es su presente. Pero debido precisamente a esto, no se preocupa por la historia como tal; la continuidad entre el ayer y el hoy reduce al mínimo la claridad con que se trazan las distinciones entre lo que “fue” y lo que “es”. Una ciencia de la historia presupone, por tanto,

²⁵ “La isla de los utopianos tiene todo el aspecto de un gran hospital (comenzando por el mismo aislamiento físico, y considerando también la comida en común, la homogeneidad en el vestir, el trabajo generalizado, la vigilancia continua, etc.)” (Campillo Meseger, 1984: 17).

un mundo en que el cambio se dé en todas partes y, más en concreto, un mundo en que el pasado se haya convertido, hasta cierto punto, en una carga de la cual los hombres pretenden liberarse. *En la era moderna, los hombres ya no aceptan como necesarias para siempre las condiciones de vida en que han nacido, sino que intentan imponer su voluntad sobre la realidad con el fin de doblegar el futuro dentro de una hechura que se adapte a sus deseos*” (Giddens, 1994: 16, cursivas nuestras).

Norbert Elias (1987: 99) nos invita a reflexionar sobre el momento preciso en el cual se realizó esta transformación: “el concepto de *civilité* alcanzó su significado para la sociedad occidental en aquella época en que se rompió la sociedad caballeresca y la unidad de la Iglesia católica. El término es encarnación de una sociedad que, en su calidad de etapa en la evolución, en su calidad de matriz para la configuración específica de las costumbres occidentales o de la “civilización” fue tan importante como antes lo había sido la sociedad feudal”.

Con Maquiavelo y Moro observamos que “la nueva ciencia” no actuaba sobre el organismo estático de la teoría clásica medieval, un *corpus immobile*, sino, en cambio, sobre cuerpos volátiles en movimiento, cuerpos que consumían a sus rivales, “*corpus vorans*” (Wolin, 1973: 237). Si los individuos ansiaban mantenerse, necesitaban ser concientes de que, si no querían ser devorados en el espacio político por la voracidad ajena, debían convertirse ellos mismos en devoradores (según la solución de Maquiavelo) o en organizadores utópicos de sus sociedades.

De esta forma, el espacio político durante el Renacimiento ya no es aquello sólido, estable, inamovible e inalterable sobre el que se inscribían las relaciones sociales y de dominación de carácter “natural”, sino que pasa a ser aquello en donde los vínculos de sujeción y obediencia tallados en la naturaleza y la divinidad se han debilitado. Desde ya que la consolidación del Estado moderno en los siglos posteriores implicó que se reconstituyera la idea de un espacio político sólido, estable, inamovible e inalterable: el territorio nacional. En nuestros días parece estar nuevamente esta concepción en crisis.

Bibliografía

- Anderson, J. (s/d). “The Exaggerated Death of the Nation-state”, en Anderson, J. et al, *A Global World?*
- Bobbio, Norberto (1987). *Estado, gobierno y sociedad*, México D.F., FCE.

- Cairo Carou, Heriberto (1996). *Las fronteras*, mimeo, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- Campillo Meseguer, Antonio (1984). “Moro, Maquiavelo, La Boétie, Una lectura comparada”, en *Anales de Filosofía*, Vol. II, Murcia, Universidad de Murcia.
- Cassirer, Ernst (1993). *El mito del Estado*, México D.F., FCE.
- Chabod, Federico (1987). *La idea de Nación*, México D.F., FCE.
- Duby, Georges (1995). *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*, Santiago de Chile, Andrés Bello.
- Elias, Norbert (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid, FCE.
- Giddens, Anthony (1994). *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, Labor.
- Gramsci, Antonio (1997). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Hespanha, Antonio M. (1993). “El espacio político”, en *La gracia del Derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- Hobsbawm, Eric (1999). *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica.
- Maquiavelo, Nicolás (1995). *El príncipe*, Madrid, Planeta De Agostini.
- Marden, P. (1997). “Geographies of Dissent: Globalization, Identity and the Nation”, en *Political Geography*, Vol. 16, N° 1.
- More, Thomas (2003). *De optimo statu reipublicae deque nova insula Utopia*, versión digital.
- More, Thomas (2002). *Utopia, Community Service, Constitution Society*, versión digital.
- Moro, Tomás (1984). *Utopía*, México D.F., Nuevomar.
- Mutti, V. Gastón (2002). “Tensiones en el nuevo orden mundial: globalización, sociedad civil global y Estado nacional”, en Battcock, C., B. Dávila, M. Germain, C. Gotta, A. Manavella y M. L. Mugica (coords.) *Espacio, memoria e identidad*, Rosario, UNR Editora, Universidad Nacional de Rosario, abril.
- Ortiz, Renato (1996). “Espacio y territorialidad”, en *Otro territorio*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Sabine, George (1990). *Historia de la teoría política*, Buenos Aires, FCE.
- Skinner, Quentin (1993). *Los fundamentos del pensamiento político moderno. El Renacimiento*, México D. F., FCE.
- Skinner, Quentin (1998). *Maquiavelo*, Madrid, Alianza.
- Skinner, Quentin (2003). *El nacimiento del Estado*, Buenos Aires, Gorla.
- Wolin, Sheldon (1973). *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, Buenos Aires, Amorrortu.

Gastón Mutti y José G. Giavedoni

Palabras clave

Moro - Maquiavelo - espacio político - Estado - territorio - orden político

Key words

Moro - Maquiavelo - political space - state - territory - political order

Abstract

The borders of the state seem to be the most accepted way of understanding how we relate with the environment. In this naturalization the political space became into state territory. They are thought as synonymous, identifying them with the borders of the materiality. The State is the clue to this explanation, although discussions about the lost of its relevance develop. However, before being a natural reference, this position was built by means of the institutionalization of taxes and administrative centralization, language, currency monopoly, legal units, and a relative indoor peace. This progressive centralization place us in front of the problem of power organization, in terms of concentration in a decision's nucleus and its exercise on a community bigger than premodern political unit. To find this process out we will enquire the way discussed by Maquiavelo and Moro the arising of original constitution of political space that it will heritage us the main characteristics of the relation between politics and territory